

de ruinas, en cuyo seno se agita un alma inmortal, residuo siempre vivo de organizaciones antiguas y elemento indestructible de otras que se renuevan sin cesar.

Roma adoraba la tierra como varon y como hembra y ademas como nutriz y como infernal. Como varon la llamaba *Tellumon*, como hembra *Tellus*, *Altor* como nutriz, *Rufor* porque todo vuelve á ella (1).

No habrá quien dude del culto directo consagrado siempre por los Griegos al sol. Herodoto asegura que este astro se contaba entre los dioses reales del Egipto (2), y Moises encargaba á los Hebreos que al contemplar al cielo no tomasen por dioses el sol ni la luna (3).

Homero representa á los Griegos sacrificando un jabalí y un carnero al sol (4). Cuando quiere poner en boca de Agamemnon un juramento irrevocable, le hace jurar por Júpiter, por el sol, cuyas miradas lo escudriñan todo, por la tierra, los rios, los dioses subterráneos y las furias que castigaban al perjurio (5). Hay un himno homérico dedicado al sol, y Hesiodo menciona entre los dioses el sol infatigable; Orfeo lo celebra tambien; Sófocles le llama el mas grande de los dioses y le ruega que le haga descubrir el sitio donde está Hércules (6). Sócrates en la Apología dice á Melito: « ¡ Oh hombre maravilloso! ¿ acaso no creo yo como todos los demas que el sol y la luna son dioses? »

Los Rodios pretendian que la isla que ocupaban era hija suya; Pausánias nos dice que el istmo de Corinto estaba consagrado á Neptuno y el Acrocorinto al sol (7). En un pórtico se veían dos carros dorados: en el uno iba el sol y en el otro su hijo Faetonte; en el camino de la ciudadela tenia altares y una estatua. Tenia ademas altares en Sicione y Argos y templo en Hermone (8). En muchas medallas está representado el sol como un dios, y en las de los últimos emperadores idólatras lleva la leyenda: *Sol invictus, Sol oriens, invictus, æternitas Augusti*. Abundan las inscripciones dedicadas al sol hasta el tiempo y aun despues de Septimio Severo.

La luna fué tambien adorada del mismo modo. Orfeo distingue con la mayor claridad el culto que se le tributó como divinidad real, aun cuando ha introducido en su letanía algunos epítetos propios de la divinidad simbólica, y la llama « reina luminosa, luz de los cuernos del toro, lámpara que camina de noche, lámpara fulgurante, astro esplendente. » Vemos inscripciones consagradas al sol y á la luna; otras hay que invocan solo á esta: *Luna eterna*,

(1) Varr., ap. SAN AGUSTIN, *De civ. Dei*, VII, 23.

(2) II, 32.

(3) *Deut.*, V, 29, y *Sap.*, XIII, 21.

(4) *Iliad.*, III, 103; XIX, 254.

(5) III, 276, y XIX, 258.

(6) *Adip.*, 673. *Trachin.*, 95.

(7) II, 1, 31.

(8) II, 11, 18, 34.

*Luna augusta, Luna è Isis*. Alejandro, despues de pasar el Enfrátes, hizo sacrificios al sol y á la luna (1), homenaje tributado á un tiempo mismo á las divinidades persas y á las griegas.

Como era natural, á su culto se unia el de los demas astros. Hesiodo los coloca á todos entre las divinidades (2); Orfeo les consagra un himno y los encontramos adorados ya individualmente, ya reunidos en grupos de constelaciones. Hesiodo nos presenta á cada paso los dioses reales en medio de las genealogías ficticias de los símbolos: Ora es el sol, la luna, la aurora que derraman la luz sobre los hombres; ora los vientos que soplan impetuosos dirigidos por Tifon, hijo de la tierra, el mas impetuoso de todos; parece en suma como si el poeta nos quisiera poner en estado de adivinar el secreto de sus simbolismos.

Resulta, pues, que tanto los dioses reales de la Grecia, como los de Egipto y Roma, no eran Júpiter, Rea, Juno, Vulcano, etc.; sino el Éter, la materia del Cæos, el Aire, el Fuego, el Agua, la Luna y el Sol; y su culto se conservaba íntegro todavía á principios del siglo V, cuando los santos Agustin, Crisóstomo, Cirilo, Alejandro y Teodoro censuraron tanto á los Griegos la adoracion de los elementos. Pero el cuadro mas interesante de la religion en sus interioridades es la sátira de Prudencia contra la célebre peticion de Simmaco, que en nombre del Senado romano defendia la antigua religion ante Valentiniano II: « Tomaron por dioses todas cuantas cosas admirables crearon la tierra, el mar y el cielo; los antiguos representaron bajo varias formas los montes, los mares, los rios, las llamas; dieron nombres de hombres á mudas estatuas, llamando Neptuno al Océano, Ninfas á los rios, Driadas á las selvas y Napeas á las aldeas. El mismo fuego que sirve para nuestro uso se llama Vulcano... y el mismo sol; y tienen templos, y rostro, y nombre (3). Semejante supersticion subsiste todavía y los niños la maman con la leche... Abandonad, oh pueblos, á esos dioses materiales; en vez de la tierra, los astros y el globo, reconoced al verdadero Dios, cuya inmensidad excede la extension de toda la materia, que no tiene limite alguno, que manda en toda la naturaleza y todo lo llena y lo abarca. »

(1) *Arrian.*, III, 3.

(2) *Theog.*, 383.

(3) *Quidquid humus, pelagus, cælum mirabile gignunt*

*Id duxere deos; colles, fræta, flumina flammæ.*

*Hæc sibi per varias formata elementa figuras.*

*Constituere patres, hominumque vocabula nutis*

*Scipserunt statuis, vel Neptunum vocitantes*

*Oceanum vel cyaneas cava flumina nymphas.*

*Vel Sylvas Dryadas, vel devia rura Napæas.*

*Ipsæ ignis nostrum factus qui servit ad usum,*

*Vulcanus perhibetur, et in virtute superna.*

*Fingitur ac delubra deus, et nomine et ore.*

*Adsimilatus habet...*

*Ausus habere deum solem, cui tramite certo*

*Conditio imposita est...*

*Vana superstitio non interrupta cœcurrit.*

Lib. I, v. 297, 300.

*Necesidad del simbolismo en el culto de los elementos y de los astros. — Divinidades simbólicas de los Griegos. — Cada una de ellas representa un dios real.*

No basta dejar probado que los Griegos adoraban el cielo, los astros y los elementos, y que estos eran sus verdaderos dioses; vamos á demostrar tambien que cada uno de estos estaba representado en el culto público por alguna divinidad simbólica, cuya fabula encerraba la expresión de los fenómenos de la naturaleza referentes á la accion del dios real. De modo que la creencia en los dioses reales constituía la religion, su forma exterior era el culto de las divinidades simbólicas, y el conjunto de estas era la mitología.

La religion primitiva de la Grecia no podia permanecer mucho tiempo en su original sencillez. Aun cuando los Griegos no hubiesen personificado los dioses por inclinacion natural, lo hubieran hecho por imitar el ejemplo de sus vecinos que adorando los elementos y los astros, ya les habian dedicado un culto simbólico. Sabemos ya que los mismos Hebreos caían á cada paso en el culto de las semejanzas, es decir, de las imágenes.

Por otra parte, la adoracion de los elementos y de los cuerpos celestes difícilmente puede prescindir de imágenes y de símbolos. Todo el que reza desea ser oido por su dios; quiere ser satisfecho por él y oír su voz consoladora, y lo reviste de apariencias de hombre, con la esperanza de hallar en él un protector, un confidente, un amigo. El antropomorfismo nace de la inclinacion del hombre á amar á sus semejantes, mas bien que de sus deseos de formarse una idea viva de la inteligencia y de poder del Ser Divino.

Si el dios real se encuentra á gran distancia de su adorador, como el sol y la luna; si es inmensamente grande, como el cielo, la tierra ó el mar, el ser débil que lo invoque le prestará (por una voluntaria ilusion) una forma imitativa, por cuyo medio pueda aproximárselo, llevarlo consigo y dirigirle preces y ofrendas en todas partes.

Y no siempre tendrá el ídolo apariencias humanas. Suponiendo que el adorador sea un nombre inculto, si cree reconocer alguna relacion entre las disposiciones de un animal y las cualidades físicas y morales de un dios, podrá suceder que escoja á dicho animal para effigie de la divinidad. Lo mismo podrán representarla una piedra ó un tróncó; la forma será lo de ménos, pues que será simplemente simbólica y la adoracion se dirigirá al Ser Divino de quien emanan las gracias y los auxilios.

Si alguna vez sucediese que, por manifestación corruptiva de la idea inseparable de la creación del dios simbólico, un ignorante adorase al bruto como dios verdadero, esa degradación

del individuo no podria de ningun modo influir en el culto general, mucho ménos existiendo sacerdotes, leyes, fiestas públicas y religion nacional.

El primer salvaje que inclinado á adorar el sol se figuró que este astro dirigia hácia él sus ojos inflamados, que llevaba la cabeza coronada de rayos y que estaba armado de arco y flechas, como un cazador ó un guerrero recorriendo el cielo, y quiso representarlo bajo este pintoresco aspecto en un himno ó en una figura, aquel fué el fundador del culto simbólico. Una alegoría da origen á otras muchas: el sol y la luna quedan hechos hermanos, se les da por padres al cielo y á la tierra, personificados tambien, de los que nacen otros hijos, y del antropomorfismo vienen las teogonías. Al momento estuvo representada la naturaleza por una reunion de divinidades simbólicas, todas parientes, amigas ó rivales unas de otras: amistades y odios por cuyo medio la religion física dió á conocer las atracciones ó repulsiones de los elementos.

Este sistema que, tanto en Grecia como en Egipto, seguia los impulsos de la imaginacion, llegó á tener sus reglas fijas, aun cuando fuesen quebrantadas algunas veces.

La primera debió de referirse á las fábulas que servian para la representacion de los números reales y de los fenómenos de la naturaleza, fingiendo referirse las aventuras de los héroes ó de las mujeres que colocaban en su lugar. Todos los mitos tuvieron que ser exactos en su significacion, de manera que al traves del velo poético, se pudiese descubrir la verdad, y que el culto encontrase el objeto de su adoracion. En la fábula de Apolo, el iniciado debió de reconocer al sol, en la de Juno el aire, en la de Vulcano el fuego, y así en las demas. El sexo de las divinidades fué objeto de particular atencion desde los tiempos mas remotos. Cada uno de los elementos ó cuerpos celestes parecia llenar funciones diferentes, y obrar, ya en sentido activo, ya en el pasivo, y algunos parecian contener en sí las facultades de ambos sexos; lo cual dió origen á la creacion de divinidades simbólicas, andróginas (rechazadas por los siglos posteriores) cuando se estableció la costumbre de representar á todos los dioses reales bajo la forma de un dios simbólico varon y de otro hembra.

Los Egipcios (1) distinguieron cuatro elementos todos de dos sexos. Atribuían al aire el sexo masculino porque es viento y el femenino porque es niebla: el fuego les parecia masculino porque arde y femenino porque resplandece; el agua era masculina por ser mar y femenina porque corre y salta; la tierra era masculina bajo la forma de peña y femenina por ser cultivable y productiva. Macrobio (2) asegura lo mismo. Por esto entre los Griegos

(1) SENECA, *Q. N.*, III, 14.

(2) III, 8.



el agua fué representada por Neptuno y Anfitrite, el fuego por Vulcano y Vesta, el aire por Eolo y Juno. Cuando creyeron que no podían cambiar el sexo de una divinidad, le cambiaron los vestidos, por ejemplo: Baco y Apolo (dioses sol) vistieron de mujer en los casos en que pareció que participaban de las funciones de la materia húmeda, y el mismo Hércules hilaba junto á Onfala.

La regla segunda fué relativa á la prole de las divinidades. Todos los dioses simbólicos que eran imágenes de sustancias creadas, tenían que suponerse hijos de padres simbólicos que representasen las sustancias naturales propias para producir el ser real de quien debía ser símbolo el nuevo dios. En Egipto el Éter y la materia del Cáo, representados por Fta y Athor, no tenían ascendientes, al paso que se les suponía generadores de los representantes del fuego, del agua, de la tierra y sobre todo del sol, Fta, Osiris y Hérmenes. Los dioses simbólicos de segundo orden, es decir, los que se suponían nacidos después de existir ya el mundo, eran generalmente hijos de los dioses simbólicos más antiguos, que representaban sustancias de la misma naturaleza de su tipo, por ejemplo: Horo y Harpócrates, Dioses sol de dos orígenes, nacieron de Osiris, dios sol, y de Ísis tierra, que eran dioses primitivos. La religión griega, que estaba compuesta, digámoslo así, de retazos, no pudo ofrecer tanta regularidad: muchas veces sucedió que un dios fué reputado hijo de aquel á quien sucedía en el culto; v. gr., Saturno lo fué de Urano, y Júpiter de Saturno; pero los poetas y los sacerdotes se atuvieron en lo posible á la regla general; de los dioses de naturaleza húmeda nacieron los húmedos; los aéreos de los de la aérea, Esculapio y Aristeo, dioses soles, fueron hijos de Apolo; Iliú y Hebe (que eran variedades de Juno) fueron hijas de Juno.

La tercera regla se refiere á las bellas artes, y demuestra que toda pintura ó escultura que bajo formas humanas ofrecía una divinidad mitológica á los homenajes del pueblo, debía reunir en sus contornos, en sus adornos, en la expresión de su rostro, y en todos sus accesorios, el carácter del dios real que representaba, de manera que todos lo reconociesen. Á este propósito podemos citar un excelente trozo de Varrón: « Los antiguos, dice, compusieron las figuras de los dioses, los símbolos y sus ornamentos, de manera que los iniciados en la doctrina, solo con verlos pudiesen reconocer á los dioses verdaderos; es decir, el alma del mundo y sus partes (1). »

Parrasio dió cánones arreglados á este dogma para cada una de las divinidades. Agelada, Fidias, Policeto y Praxitéles fueron perfeccionando estas formas, que eran tenidas por sagradas, aunque sin apartarse mucho de los modelos primitivos. La escultura religiosa se

(1) SAN AGUST. *De civ. Dei*, VII, 6.

hermoseó con todo cuanto puede presentar la naturaleza de majestuoso y elegante, de robusto y esbelto, y en tan extraordinario perfeccionamiento, guiada siempre por el sentimiento de lo bello, nunca dejó de mostrarse expresiva y llena de verdad, tan admirable por la impresión religiosa que produjo en los ánimos como por la precisa imitación de las formas humanas.

Cada dios real fué representado cuando menos por un dios simbólico, generalmente por más de uno, y á veces por muchos. Esta multiplicidad dependía, ya de los diferentes aspectos bajo los cuales era considerado el Dios, por ejemplo, el sol, cuando obraba en las diversas estaciones, ya de las divisiones naturales de la sustancia que se trataba de honrar en todas sus partes y en sus diversos estados; como el agua á causa de sus fracciones y numerosas transformaciones; como el fuego por sus diversas impresiones en la masa terrestre y en la atmósfera; la tierra por los muchos servicios que presta al hombre; el aire por sus corrientes y sus cualidades útiles ó perniciosas. Hecho indispensable para entender bien la religión egipcia y la griega, y que nos recuerda aquel dicho de Anaxágoras: « Deifican los elementos y las fracciones de los elementos. »

Las divinidades simbólicas fueron creciendo con la introducción sucesiva de cultos extranjeros, admitidos sin dificultad, porque solo ofrecían denominaciones nuevas ó mitos particulares, sin variar en nada el fondo de las creencias. En las dos revoluciones posteriores en que Saturno derribó á Urano y Júpiter á Saturno, debió de restaurarse el sistema simbólico para adoptarlo á las nuevas teogonías.

Por medio de particularidades podremos demostrar las relaciones entre las deidades simbólicas y las reales, de las cuales eran imágenes.

El Éter, elemento creador, sabiduría eterna, se encuentra, después de la reforma de Cecrope, representado por cuatro divinidades simbólicas: Urano y Urania, que pertenecían á los tiempos primitivos; Zeus ó Júpiter, institución de Cecrope; y Atene ó Minerva, divinidad que, á lo que parece, vino de Egipto por la Libia, poco antes que aquel príncipe. Urano representaba el cielo (1), tomado en sentido del Éter, porque parecía elevado por encima de la atmósfera. Venus Urania, divinidad oriunda de Siria, representaba también el fuego etéreo; por lo cual era virgen y madre de los dioses. Esta Venus, deidad creadora, estaba representada por los Lacedemonios armada y con barbas, como si reuniese los dos sexos. Después de la reforma de Cecrope, Júpiter representó el Éter, según los textos lo prueban.

Atene ó Palas, divinidad oriunda de Sais, se llamaba en egipcio *Neith*; es decir, *naci de mí misma*. Físicamente representaba la porción más elevada del Éter, por cuyo motivo la llama-

(1) HESÍODO, *Theog.*, 15, 106.

maban « de los ojos verde mar; » y moralmente la sabiduría divina. El Cáo parece que estuvo representado al principio por cuatro divinidades: el Cáo, el Erebo, la Noche, y Venus la negra; algunos poetas añaden á Rea, el Océano y Tétis.

En la teología egipcia, el Éter había nacido directamente del Cáo y de la Noche, por lo cual carecía de padre: la Noche era su esposa, eterna como él, Hesíodo, que quiso establecer su teogonía por vía de generación, supuso el matrimonio del Cáo con Erebo, y les dió por hija á la Noche, y después hizo nacer el Éter de Erebo y de la Noche, quedando aquel inferior á los dos matrimonios. Mas ya que el Cáo, el Erebo y la Noche eran representaciones de la materia primitiva, era inútil esta multiplicidad de personajes mitológicos. Por esto Hesíodo descubrió en seguida que en la religión griega no dominaba un pensamiento original, y que solo después de algunos esfuerzos habían conseguido los teólogos establecer una especie de unidad. El fondo del sistema, sin embargo, no dejó nunca de ser la generación de los dioses reales, representada por la de las divinidades simbólicas.

Cuando los Fenicios derribaron á Urano y tomaron por dios creador á Crónos ó Saturno, representación del tiempo, considerando que este nada podía engendrar separado de la materia, le dieron por esposa á Rea, la *fluyente*, imagen de la materia húmeda primitiva. Homero, que había aprendido de los Egipcios y deseaba ponerse de acuerdo con las doctrinas propagadas por aquellos en la Grecia, representó la materia húmeda por medio de dos personajes, Océano y Tétis, que se convirtieron en padres de todos los dioses, es decir, de todas las cosas; naciendo de ellos hasta los mismos Júpiter y Juno, cosa que no podía tener lugar sino en la suposición de que Océano y Tétis representasen la materia increada.

El Cáo fué representado por Venus negra, divinidad evidentemente extranjera, y reproducción de la Athor egipcia.

La noche comun estuvo simbolizada en Latona, cuyo nombre se deriva de *leto* y significa olvido, reposo; y también *Me oculto*, término. Si Latona la del azulado manto era grata á los hombres y á los dioses, según dicen Homero y Hesíodo, era porque lleva consigo el término de los trabajos y el olvido de los males. Cuando Latona fué á parir á Apolo, es decir, al Sol, Júpiter la transformó en lobo, cuyo nombre griego *Lucos* significaba la luz matutina.

El fuego atmosférico y terrestre fué representado por Vesta, hija de Saturno. Poco después de la institución del culto de Júpiter, Cecrope ó alguno de sus sucesores estableció el culto de Efestion ó Vulcano, y Vesta pasó á representar sola el fuego doméstico, quedando Vulcano considerado como el dios Fuego. Este representó el fuego en cuanto arde, alumbrá, esclarea, vivifica y forma ó descompone las agric-

gaciones de los elementos. Por considerarse como el principal ornato del mundo, fué llamado dios de las artes; mas á pesar de su poder era inferior al fuego etéreo, por cuyo motivo quedó cojo. Á este fuego mecánico se agregaron los Cíclopes, fuegos volcánicos, hijos de Urano.

Como fuego estimulante de la generación, se ve en muchas pinturas á Vulcano subiendo al cielo montado en un jumento. El fuego terrestre, considerado bajo este mismo aspecto, también estaba representado por un dios más antiguo, que era *el luminoso Pan*. La potencia activa de este fuego operaba en la universalidad de los seres, y se le representaba acompañado de una turba de paniscos, que eran el mismo Pan multiplicándose para operar en todo el universo, á fin de que en ningún sitio se entibiase el ardor de la reproducción.

Ciudades é imperios, considerados cada uno como una familia, perpetuaron en los pritanos alguna partícula del fuego puro y activo que perpetúa al mundo, y el hogar parecía ser emblema y garantía de la perpetuidad de su existencia política.

El fuego doméstico estuvo también representado por Vesta. Pura como la llama, fué igualmente emblema de la virtud de las mujeres, y permaneció á su lado como lección perenne de castidad (1).

El aire estuvo representado por muchas deidades, siendo la principal la Juno llamada *Era*; es decir, aire: Juno con sus blancos brazos, soberbia, violenta, iracunda, representaba bien el aire atmosférico inquieto y agitado. El aire de primavera fué Hebe; el aire húmedo y suave que favorece los partos, Iliú.

El aire, considerado en la agitación de sus corrientes, perteneció al sexo masculino, *Eolo*, *el variable*, *el impetuoso*. Los Argestes, Céfiro, Bóreas y Noto, hijo de Astreo y de la Aurora, eran símbolos de los vientos, honrados como dioses reales. Á esta ruidosa familia se añaden las Harpias, vientos tempestuosos, hijos de Taumantes, arco iris y de la ninfa Electra, hija del Océano.

Los símbolos del agua fueron muchos más: líquida y considerada en su totalidad era Neptuno; en su carro tenía asiento la gemibunda Anfitrite, imagen femenina del mismo mar. Considerada en su aspecto espantoso fué el siniestro Ponto; cubierto de ondas espumosas fué Nereo, viejo cano que pronunciaba los oráculos; las olas fueron cincuenta Neréidas. Con estas se mezclaron los Tritones, imágenes de las mismas olas cuando estaban agitadas, para expresar la fecundidad de las aguas. Los sumideros ó remolinos fueron convertidos en Sirenas que atraían á los navegantes para devorarlos.

El elemento líquido que en sus prodigiosas

(1) HOMERO, *Hymn. in Venerem*, 21. — CICERÓN, *De leg.* II, 12.



transformaciones parece, ya humo, ya nieve, ora planta, ora metal, ya bruto, ya peña, fué el variable Proteo; la nereida Tétis fué su representación femenina. El agua convertida en vapor presentó á la imaginación de los poetas la numerosa familia de los dioses aéreos, de los cuales basta esta simple mención.

El fuego y el agua unidos tuvieron también su culto, efecto natural de la admiración inspirada por las maravillas que su reunión producía.

Según la física religiosa, los cuerpos animados, cualquiera que fuese su clase, se componían principalmente de fuego y agua que los formaban uniéndose, y los aniquilaban separándose. Este principio tuvieron siempre presente los Griegos y los Romanos en la celebración del matrimonio, colocando el fuego y el agua delante de los desposados que tenían que tocarlos con la mano; y en las exequias fúnebres, depositando una lámpara y un vaso junto al difunto.

Estos dos elementos reunidos obtuvieron, desde el reinado de Saturno, un homenaje todavía más solemne en la creación de una divinidad particular y original, que fué Vénus Afrodita. Mientras que Urano se encorbaba á fin de satisfacer la pasión que sentía hacia la tierra, la parte más ardiente de su cuerpo, cortada por Saturno, cayó en el mar formando una columna de fuego, y habiéndose agrupado á su alrededor una espuma blanca, se unieron las dos sustancias y nació de ellas una diosa, cuyo nombre de *Afrodita* revelaba que era hija de las aguas. Sus inclinaciones convinieron con el objeto que le imponía su creación. No se entregaba con desenfreno á la voluptuosidad de los sentidos, sino que como símbolo de la afinidad de los dos elementos, cuya unión perpetúa el mundo, convidaba á los seres de ambos sexos á amarse, á unirse, á reproducirse. No se casó, porque de hacerlo, no hubiera podido atender á los himeneos de toda la naturaleza. No era dada á impúdicas provocaciones, porque de perder su castidad hubiera perdido su mayor atractivo. Era la preparadora de los amores, la que seducía á los amantes, la gran casamentera; incitaba á la unión de los dos sexos, no solo á los hombres, sino también á los brutos, á las plantas y á las sustancias que forman los animales. Las fábulas la supusieron adornada de toda belleza y de todas las gracias atractivas; su himeneo con Vulcano era un emblema de la adoración que las artes deben á la belleza. Su supuesta condescendencia para con Vénus es una fábula antigua que Homero cita para rechazarla (1). El amor, que en la fábula es considerado como hijo suyo, no era otra cosa sino la diosa misma con sexo masculino: motivo por el cual Hesíodo pone en acción á este dios antes de que naciese su pretendida madre.

(1) *Odís.*, VIII, 202.

La tierra fué diosa conocida bajo mil nombres y representada por otras tantas divinidades diferentes. Como nodriza del género humano se llamó Maya; como amante del sol, Cibéles; como fecunda por el arado y por recibir en su seno los cuerpos muertos, fué Ceres. Estas dos últimas ideas estaban perfectamente de acuerdo, pues que el grano que asomaba verde por el surco era considerado como emblema del alma humana que vuelve de los infiernos á habitar un nuevo cuerpo, y como una imagen de los cuerpos de todos los seres vivientes, compuestos de elementos que habían pertenecido á los muertos anteriores. Como regeneradora de los cuerpos, Ceres fué llamada *Chthonia* (subterránea), y honrada con el título de gran Diosa.

En los tiempos primitivos, el Asia Menor y Tracia representaron la tierra por medio de Proserpina ó Perséfone, que venía á ser una repetición de Isis, Maya, Ceres y Cibéles. Sus oficios variaron completamente entre los Griegos, desde que la hicieron hija de Júpiter y Ceres; pero la tradición primitiva explica muchas de sus fábulas, y nos fué conservada por Porfirio y Tzetze (1).

No me detendré á demostrar que el sol y la luna estuvieron representados también por las divinidades simbólicas Hércules, Hiperion, Mercurio, Átis, Adónis, Ammon, los Dioscuros, Marte, Apolo, Baco, Perseo, Esculapio, Aristeo, Mitra y Fanes, sin contar los egipcios Osiris, Serapio, Horo y Harpócrates, y el sirio Baal y otros representantes del astro del día. Diana, Hécate y Artémis fueron símbolos de la luna.

El culto tributado á la inteligencia y á la equidad era un homenaje al Dios supremo, en quien eran inherentes estas cualidades y que era la fuente de ellas. No necesita comentarios Hesíodo, cuando dice que cuando Métis ó la primera inteligencia, esposa de Júpiter, estaba para parir á Minerva, ó la sabiduría, Júpiter se la introdujo en su propio seno, de manera que la sabiduría se encontró en el con la inteligencia que la había engendrado (2).

Témis ó la justicia era también una representación de la tierra, que, como madre común, es justa para con todos los cultivadores y á todos recompensa según sus obras. Hesíodo confirma esta opinión cuando da á Témis el epíteto de *Lipara*, crasa, espléndida. Roma abusó del principio que había convertido en números particulares algunos de los atributos del Dios supremo, cuando deificó el Honor, la Victoria, y especialmente la Virtud, adorno de la tierra; pero que debe suponerse ajena á los dioses, pues que estos son buenos por su propia esencia sin necesidad de esfuerzo alguno.

Respecto de las divinidades que, según dice Hesíodo, nacieron de la Noche, se presenta una observación importante. Dichas divinidades se

(1) PORFIRIO, *De abstín.*, IV, 16. — TZETZE, *Comm. in Alex. Lycophr.*, v. 707.

(2) *Theog.*, 886.

dividen en dos clases: unas ejercían el poder sobre el hombre, en esta vida solamente, como el Destino, la Parca, el Sueño, los Ensueños, las Pasiones, la Vejez, la Desgracia y la Muerte; otras lo acompañaban hasta después de su vida, como Nemésis, las Furias y las Euménides. Estas últimas no eran hijas de la noche común, sino de la noche del caos que las había dado el ser, sin intervención de marido (1); por esto Esquilo las supone más edad que Minerva. Por tanto á la materia sola en su estado de imperfección podía el hombre atribuir los males que le afligían, las posesiones que dan lugar á los delitos, y la inevitable necesidad que los castiga, sin que en semejantes calamidades entrase por nada su intención. La materia, como madre cariñosa, solo se proponía el bien, el mal nacía de su impotencia. Júpiter, que quiso remediar esta radical imperfección de la naturaleza humana, en lo que atañe á la materia, había colocado en el seno del hombre una parte de su propia sustancia con el fin de iluminarle y dirigirlo; de manera que este quedó sujeto al error, pero dotado de razón libre, aunque débil, y por consiguiente responsable.

De estas doctrinas se desprendía una gran lección; porque aconsejaban al hombre que se sometiese á las leyes de la necesidad, y que no se irritase contra los dioses á causa de los males que pesaban sobre la tierra. « Todos los dioses son amigos tuyos, » le decían; « el manantial de tu felicidad está dentro de tí mismo: sujeta tus pasiones. Nemésis no perdona; las Euménides son inflexibles. »

En resumen, la simultaneidad del culto directo y el simbólico, tributado aquel á los dioses reales y este á los ficticios, tuvo tal influencia en los ánimos, que muchas veces los poetas, sin hacer distinción alguna, invocaban indiferentemente á unos y á otros, ya por medio de los nombres comunes de los astros y los elementos, ya con los nombres místicos que los representaban. Dejando aparte otros cien ejemplos, haré solo mención de Ovidio, poeta tan conocedor de su religión. Al invocar á los dioses en su respuesta al poeta satírico que no había respetado su desgracia, y á quien da el nombre de Íbis, les dice:

Di maris et terræ, quique his meliora tenetis  
Inter diversos cum Jove regna polos;  
Huc, precor, huc vestras omnes advertite mentes,  
Et sinite optatis pondus inesse meis.  
Ipsaque tu, Tellus; ipsum cum fluctibus, Æquor,  
Ipse meas, Æter, accipe, summe, preces,  
Sideraque et radiis circumdata solis imago;  
Lunaque que nunquam, quo prius, ore micat;  
Noxque tenebrarum specie reverenda tuarum  
Vos quoque, plebs superam, Fanni, Satyrique, Laresque,  
Fluminaque et Nymphae, Semideumque genus,  
Denique ab antiquo Divi veteresque novique,  
In nostram cuncti tempus adeste, Chaos.

« ¡Oh divinidades del mar y de la tierra, y vosotros los que en compañía de Júpiter ocupáis

(1) HESÍODO, 211. — ESQUILO, *Eumen.*, 831.

los más preferentes sitios entre los opuestos polos, volved á mí, volved, os ruego, vuestros ojos, y tomad en cuenta mis votos! ¡Y tú, oh Sumo Éter, acoge mis preces. Astros, sol circundado de espléndidos rayos, luna que nunca brilla con igual rostro, noche venerable por tus sombras... y vosotros, multitud de números, faunes, sátiros, lares, ríos y ninfas, y raza de semidioses; y vosotros todos, dioses nuevos y antiguos, cuyo culto fué establecido desde el Caos hasta hoy, socorredme! »

Véanse aquí unas mismas divinidades casi todas indicadas bajo las dos formas admitidas por la religión; si bien debemos hacer notar que Ovidio supondría á sus contemporáneos familiarizados con el lenguaje ordinario y el simbólico de la religión.

*Discordancia aparente y concordancia efectiva entre los dioses simbólicos y los reales. Otras pruebas de la simultaneidad de los dos cultos.*

En la multitud de personificaciones y de símbolos hay anomalías, en las fábulas hay contradicciones que podrían desmentir aparentemente la diferencia establecida entre los dioses reales y los simbólicos, y hacer imposible toda explicación acerca de las fábulas si no se apreciaran estas en su justo valor. Efectivamente, Vulcano se nos muestra, ya hijo de Juno sola, ya de esta y Júpiter: Tifeo es para algunos hijo de Juno y para otros de la Tierra, y así otros muchos. La tierra es á un mismo tiempo Ceres, Cibéles, Vénus, Juno, Vesta y hasta Minerva; y esto podría hacer creer que todas las personificaciones fueron extravagancias y cuentos del vulgo.

Por si tenemos presente que las fábulas no constituían la religión, sino que eran su vehículo, ya no nos admiraremos de tantas denominaciones y leyendas diferentes.

La discordancia de los mitos entre sí era inevitable en el sistema simbólico adoptado por la religión. La excesiva división de los territorios griegos, la independencia en que vivían los pueblos unos respecto de otros, y la que naturalmente tenían todos en la época á que nos referimos, la libertad concedida á los poetas para celebrar á los dioses sin más norma que sus inspiraciones, debieron muchas veces producir en ciertos países formas alegóricas particulares, á que se adhirieron los pueblos por espíritu patriótico, mientras que en los países vecinos se revestían las divinidades de formas enteramente diversas. Presentemos un tema á varios músicos dejándoles en libertad para variarlo según su capricho, y lo reproducirán bajo formas innumerables: eso hicieron los Griegos con sus fábulas religiosas. Pero así como en las variaciones de los músicos encontramos siempre el tema fundamental adornado por ellos, así en todas las fábulas griegas se entreve el fenómeno de la naturaleza que se quiso expresar encubiertamente.